Los frascos que pesaban vacíos

Shyvirelle · Relatos Cortos

A las seis de la mañana, cuando todavía no habían abierto los puestos de la feria, Alma encontró a dos voluntarias alrededor de la mesa del obrador. Había dieciséis nombres en una lista y solo tres frascos de miel sobre un paño limpio.

—Faltan ciento treinta gramos —dijo Nela, con el lápiz clavado en el papel—. Prometimos una porción de cien gramos por persona.

La feria recaudaba dinero para reparar el techo del centro vecinal. El obrador había cedido miel de sus propias colmenas y el grupo debía repartirla en envases pequeños. Once personas pasarían a recogerla ese día; otras cinco no podían ir hasta el siguiente. Nadie quería avisarles de que recibirían menos por haber llegado tarde.

El problema no era una tapa suelta ni una mancha sospechosa. Los tres frascos grandes estaban cerrados. Lo que no cuadraba era la cuenta escrita por la encargada del turno anterior.

En la hoja había seis anotaciones, hechas con dos sellos distintos. El sello redondo, «○», indicaba cuánto pesaba un envase vacío; el rayado, «////», indicaba el peso del mismo modelo ya lleno de miel. Cada pareja llevaba una letra de lote. El orden era el de las pesadas, no el de los frascos en la mesa.

Registro del turno anterior: seis pesadas, en el orden en que se anotaron.

Marca	Lote	Masa anotada
○	A	210 g
////	B	760 g
○	C	180 g
////	A	710 g
○	B	260 g
////	C	780 g

—Sumé los tres pesos de los frascos llenos: dos mil doscientos cincuenta —explicó Nela—. Luego desconté tres veces doscientos sesenta, que es lo que pesa este frasco vacío de repuesto. Me da mil cuatrocientos setenta. Nos faltan ciento treinta.

Puso el repuesto junto a los otros. Tenía un sello redondo y una B marcada en la base. La báscula se quedó inmóvil en 260 gramos.

Alma miró la lista. Nela había hecho una resta correcta con un dato que no servía para los tres recipientes.

—¿Por qué descontaste el mismo peso a todos? —preguntó.

—Porque son frascos de la feria. Mira esos dos: tienen exactamente la misma altura.

Alma colocó juntos los envases A y B. Desde lejos parecían idénticos, pero el B tenía el vidrio más grueso en la base y en los hombros. Cuando los miró contra la luz de la ventana, el borde verdoso de uno era casi el doble de ancho que el del otro.

—Miden lo mismo por fuera —dijo—. No por eso pesa lo mismo el vidrio.

—Entonces, ¿cuánto descontamos? —preguntó Sara, que preparaba los recipientes pequeños.

Alma extendió la hoja para que las tres pudieran verla. No añadió números nuevos. Buscó primero las dos marcas A: el sello redondo decía 210 y el rayado, 710. Al restar el envase vacío del peso lleno, quedaban 500 gramos de miel.

Con B, el rayado indicaba 760 y el redondo 260: otros 500. Con C, las marcas eran 780 y 180: 600.

Nela escribió las tres restas, una debajo de otra, y dejó el lápiz en medio para que cualquiera pudiera revisarlas.

—Quinientos, quinientos y seiscientos —leyó Sara—. Son mil seiscientos. Las dieciséis porciones exactas.

—La diferencia de ciento treinta estaba en las paredes de vidrio que yo desconté mal —admitió Nela.

Alma señaló el frasco B de repuesto. La marca redonda coincidía con la de la hoja y la báscula confirmaba los 260 gramos. Era una comprobación de aquel envase, no una razón para tratar los otros como iguales. El cuaderno conservaba las tres pesadas de vacío hechas antes del llenado.

Aún faltaba decidir si podían fiarse de la cuenta para repartir una cantidad tan ajustada. Sara llevó la báscula a una mesa plana y la puso a cero con cada envase pequeño vacío encima. Abrieron los frascos grandes y repartieron la miel en porciones de cien gramos, sin confundir el peso del envase con el contenido. Las cucharas fueron lentas en el fondo del último frasco, pero la decimosexta porción llegó a su marca.

Nela apartó cinco recipientes, les puso la fecha de recogida y los dejó en una caja cerrada, a la sombra. Los once restantes fueron al mostrador de aquel día.

—Ahora sí hay una decisión que tomar —dijo Sara—. ¿Guardamos las cinco porciones o las dejamos para quien llegue primero?

Alma miró los nombres. La última en la lista era una mujer que trabajaba de noche y había escrito una nota: Puedo ir mañana, cuando salga del turno.

—Las guardamos —respondió—. El peso no cambia según la hora a la que alguien pueda venir.

Antes de abrir la feria, Nela copió la tabla de seis anotaciones en un cartel de trabajo y añadió las tres restas. Al lado dejó escrito: «No usar una sola tara para frascos distintos». No escribió que alguien había tomado miel. Ya habían comprobado que no faltaba.

Cuando llegaron los primeros visitantes, los dieciséis recipientes pequeños estaban contados: once para entregar, cinco reservados. Lo más pesado de aquella mañana había resultado ser un error en una cuenta, y era lo único que habían tenido que sacar de la mesa.